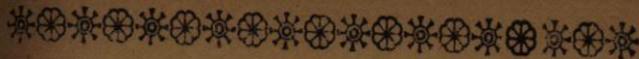


mismo sitio en que ella se sentára, en el fragmento de columna rota, en el aire que ella respiró y que parecía conservar su olor puro de mujer adorable.

De proto un reloj lejano dió las seis y Pedro experimentó una brusca sacudida al recordar que era aquella misma noche y á las nueve cuando el papa debía recibirle. Faltaban aún tres horas. Durante la tremenda catástrofe no se acordó pareciéndole que habían pasado meses y meses y aquello acudía á su memoria como el recuerdo de una antigua cita á la cual, después de años de ausencia, se llega envejecido, con el corazón y la cabeza cambiados por una série de acontecimientos sin número. Y penosamente fué haciendo hincapié. Cuando pasasen esas tres horas iría al Vaticano y al fin vería al Papa.



XIV

AQUELLA noche, y en el momento en que Pedro desembocaba del Borgo delante del Vaticano, el reloj dejó oír un gran golpe sonoro, la media de las ocho y media, que resonó en el profundo silencio del barrio lleno de tinieblas y dormido ya. Había ido antes de la hora, y resolvió esperar veinte minutos, arreglándolo de manera que pudiese llegar arriba, á la puerta de las habitaciones á las nueve, á la hora exacta de la audiencia.

Y este respiro le sirvió como de alivio en la emoción, y en la tristeza infinitas que de una manera dolorosa le oprimían el corazón. Tenía los miembros como destrozados, estaba horriblemente cansado de la trágica tarde que había pasado en el fondo de aquella cámara de muerte en la que Darío y Benedetta dormían el eterno sueño el uno en brazos del otro. No pudo pro-

bar bocado y le perseguía como una obsesión la imagen desventurada y dolorosa de los dos amantes, y estaba tan lleno de su recuerdo, que involuntariamente se le escapaban suspiros de su garganta, mientras que sin cesar las lágrimas agolpábanse á sus ojos empañándolos. ¡Ah! ¡Cómo hubiera querido poderse ocultar, llorar á sus anchas y satisfacer esa necesidad inmensa de lágrimas que le ahogaba! Y esto era un enternecimiento que se apoderaba de todos sus pensamientos, la muerte lastimosa de los dos amantes que se añadía para él á la queja que salía de su libro, trastornándole con una compasión más grande, con una verdadera angustia de caridad hácia todos los miserables y hácia todos los que sufren en este mundo; tan conmovido ante esa evocación de tantas llagas físicas y morales de un París, de un Roma, en los que había visto tantos y tan injustos sufrimientos, tantos, que tenía miedo, á cada paso, de echarse á llorar y á sollozar tendiendo los brazos al negro cielo.

Lentamente entonces, y para calmarse un poco, se paseó por la plaza de San Pedro. A semejantes horas de la noche, era aquel lugar una inmensidad de soledad y de tinieblas. Cuando llegó, creyó perderse en un mar de sombra; poco á poco fuéronse sin embargo acostumbrándose sus ojos y vió que tan vasto espacio estaba tan solo iluminado por cuatro candelabros de siete brazos que estaban colocados en las cuatro esquinas del Obelisco, y por contados mecheros de gas á derecha é izquierda á lo largo de los edificios que suben hasta la basílica. Bajo el doble pórtico de la columnata veíanse las amarillentas luces de otros faroles en medio del colosal bosque formado por cuatro hileras de pilares, y con la luz se recortaban de una manera extraña

las columnas. En la plaza no había visible más que el Obelisco pálido, que se elevaba al aire con aspecto de aparición. La fachada de San Pedro, apenas distinta, se evocaba como un sueño, cerrada y muerta, con una extraordinaria grandeza de reposo, de inmovilidad y de silencio. De la cúpula no veía apenas, más que una redondez azulada, gigantesca, adivinada sobre el fondo del cielo. Sin verla, oyó al principio el rumor del agua de las fuentes al correr en alguna parte, en el fondo de esa vaga obscuridad, y después fué distinguiendo el fantasma delgado y movedizo de los continuos chorros que caían transformados en lluvia. Y por cima de la extensa plaza extendíase el cielo inmenso, sin luna, de terciopelo azul sombrío, sobre cuyo fondo las estrellas parecían tener el tamaño y el brillo de carbunclos; el Carro echado sobre los techos del Vaticano con sus ruedas y sus varas de oro, Arion espléndido, alhajado con los tres astros de oro de su tahalí, allá abajo sobre Roma por la parte de la vía Julia.

Levantó Pedro la cabeza y miró al Vaticano, y allí no había más que un amontonamiento de confusas fachadas, en las que no se veían más que dos lucecitas de dos lámparas en el piso en que estaban situadas las habitaciones del papa. Unicamente, en el patio de San Dámaso iluminado en su interior, las fachadas del fondo y la de la izquierda resplandecían blanqueadas por los reflejos de sus grandes vidrieras de estufa. Y no se oía ningún ruido, ni un movimiento, ni siquiera se observaba el moverse de una sombra. Atravesaron dos personas la inmensidad de la plaza, y luego pasó una tercera que desapareció á su vez, no quedando después más que una cadencia de pasos rimados á lo lejos. Era más que una cadencia de pasos rimados, en el que no se veían ni aquello el desierto absoluto, en el que no se veían ni

transeuntes ni paseantes, ni siquiera la sombra de alguno que acechase bajo la columnata, entre el bosque de pilares, tan vacío como los salvajes bosques centenarios de las primeras edades. ¡Y qué desierto más solemne, qué silencio de altanera desolación! Nunca había experimentado una sensación de sueño ni más grande ni más negra, ni de una tan soberana nobleza de muerte.

A las nueve menos diez se decidió Pedro, encaminándose hácia la puerta de bronce. Una hoja de ésta hallábase aún abierta, al extremo del pórtico de la derecha en un espesor de tinieblas que la envolvía en la noche. Recordaba las instrucciones precisas de monseñor Naní; preguntar en todas las puertas por el señor Squadra y no añadir ni una palabra más, y todas las puertas se abrirían á su paso, no quedándole más que hacer que dejarse guiar. Nadie en el mundo podía sospechar que estuviese allí, pues la única persona que lo sabía, Benedetta, había muerto. Cuando franqueó la puerta de bronce y se encontró delante del inmóvil guardia suizo, que con aspecto sonnoliento, la guardaba, dijo con sencillez las palabras convenidas:

—¿El señor Squadra?

Y el guardia suizo, que no se movió, no le cerró el paso, por lo que siguió adelante, dirigiéndose enseguida hácia la derecha, al gran vestíbulo de la escala Pía, la gran escalera de piedra de enorme caja cuadrada que sube hasta el patio de San Dámaso. Y ni un alma; nada más se oía que el eco ahogado de los pasos, no se veía más que la adormecida luz de los mecheros de gas, cuyos globos de cristal raspado blanqueaban suavemente la luz.

Allá arriba, en lo alto, al atravesar el patio, se acor-

dó de haberlo visto antes desde las logias de Rafael, con su pórtico, su fuente y su blanco pavimento abrasado por el sol, pero entonces no vió siquiera los cinco ú seis coches que esperaban con los caballos inmóviles y los cocheros clavados en sus pescantes. Era una soledad, un vasto cuadro desnudo y pálido, de un sueño sepulcral bajo la claridad borrosa de los faroles, cuyas reberveraciones blanqueaban las elevadas vidrieras de las tres fachadas. Y un tanto inquieto, dominado y experimentando el ligero estremecimiento del vacío y del silencio, se apresuró y se dirigió á la derecha hácia la escalinata resguardada por una marquesina y, franqueados algunos, escalones se llega á la escalera de las habitaciones.

Allí, en pie, hallábase un gendarme de gran uniforme y aspecto soberbio.

—¿El señor Squadra?

Con un sencillo ademán, y sin decir una palabra, señaló el gendarme la escalera.

Subió Pedro por ella. Era una escalera ancha, espaciosa, con los peldaños muy bajitos, con balaustrada de mármol blanco y los muros cubiertos de un estuco amarillento. Dentro de sus globos de cristal raspado, parecía que habían bajado ya los mecheros de gas, sin duda, obedeciendo á una prudente economía. Y bajo aquella claridad de lamparilla no había nada que tuviese una solemnidad más triste que aquella majestuosa desnudez tan pálida y fría. En todos los descansillos encontró un guardia suizo que velaba aún, alabarda en mano; y en el pesado sueño que se apoderaba del palacio, no se oía más que el paso regular, acompasado, de esos hombres que siempre iban y venían para no su-

cumbir, sin duda, al aletargamiento de las cosas que les rodeaban.

A través de aquella sombra invasora, entre aquel silencio estremecedor, parecía interminable la subida. Cada piso se cortaba en peldaños, todavía quedaba uno... uno más... otro. Cuando, al cabo, llegó al descansillo del segundo piso, se imaginó que hacía cien años que estaba subiendo. Allí, delante de la puerta vidriera de la sala Clementina, de la que sólo la hoja de la derecha estaba abierta, velaba un último guardia suizo.

—¿El señor Squadra?

El guardia se apartó á un lado para dejar el paso libre al presbítero.

Aquella sala Clementina, tan inmensa é iluminada por la claridad crepuscular de las lámparas, parecía que á semejante hora no tenía límites. Su rica decoración, las esculturas, las pinturas, los dorados, todo, en fin, se difuminaba, no era más que una vaga apariencia indeterminada, muros de ensueño en los que dormían reflejos de joyas y de pedrería. Y además de esto, ni un solo mueble, el embaldosado sin fin, una soledad alargada, perdiéndose en el fondo de las medio tinieblas.

Por último, al otro extremo y al lado de una puerta, figurósele á Pedro ver más sombras, unos cuerpos en un banco, eran tres guardias suizos que, sentados allí, descansaban dormitando.

—¿El señor Squadra?

Levantóse lentamente uno de los guardias y desapareció. Pedro comprendió que debía aguardarse y no se atrevió á moverse, turbándole el ruido que producían sus propios pasos sobre el embaldosado. Limitóse á mirar á su alrededor, evocando las multitudes que ha-

bían poblado aquella sala. A la sazón, era aún la sala accesible á todos y que todos debían atravesar; sencillamente una sala de guardias, llena siempre de un tumulto de pasos y de idas y venidas, sin número; pero ¡qué silencio de pesada muerte en cuanto la obscuridad la noche la invadía, y qué cansado y desesperado estaba él por haber visto desfilar tantas cosas y tantos seres!

Volvió, al cabo, el guardia, y tras éste apareció, en el dintel de una habitación inmediata, un hombre de unos cuarenta años, vestido de negro de pies á cabeza, y cuyo aspecto participaba del de un criado de casa y del de un bedel de catedral. Tenía un rostro agradable, correcto y completamente afeitado, con nariz un poco grande entre dos ojos rasgados, fijos y claros.

—¿El señor Squadra?—dijo Pedro por última vez.

El recién llegado se inclinó para decir que él era el señor Squadra. Después, con nueva reverencia invitó al presbítero á que le siguiese. Y los dos, el uno tras el otro, sin prisa alguna, se internaron en la interminable hilera de salas.

Pedro, que estaba al corriente del ceremonial del que había hablado muchas veces con Narciso, reconoció, al pasar, las diversas salas y recordó el uso de cada una llenándolas con los personajes que tenían derecho á permanecer en ellas. Según su rango cada funcionario ó dignatario no puede franquear más que determinada puerta, de manera que las personas que han de ser recibidas por el papa pasan así de mano en mano: de las de los criados á las de los guardias nobles, después de éstos á las de los camareros de honor, luego á las de los camareros secretos hasta llegar al Santo Padre. Desde las ocho se quedan vacías aquellas salas

siendo muy raras las lámparas que arden en ellas sobre las consolas, convirtiéndose aquéllas en una serie de piezas desiertas, medio á obscuras, adormiladas en el fondo del augusto vacío en que cae el palacio entero.

Y la primera fué la sala de los criados, de los *busolanti*, de los sencillos hujieres, vestidos con trajes de terciopelo rojo, con las armas del papa bordadas. Estos tienen el encargo de acompañar á los visitantes hasta la puerta de la antecámara de honor. A aquella hora tan avanzada no quedaba allí más que uno sólo sentado en una banqueta y en un rincón de sombra tan grande, que su purpúrea dalmática parecía negra. Levantó la cabeza y dejó pasar por aquellas tinieblas en las que se apagaba toda la esplendente pompa del pleno día. Atravesaron después la sala de los gendarmes en la que era la regla que los secretarios de los cardenales y de los altos personajes esperasen el regreso de sus amos; estaba completamente vacía, no viéndose en ella ni uno de los espléndidos uniformes azules con blancos alamares, ni una sola fina sotana que se mezclaban durante las horas brillantes de las recepciones.

Estaba también vacía la sala siguiente, más pequeña y reservada á la guardia palatina, reclutada entre la clase media de Roma. Esa guardia llevaba levita negra, sardinetas de oro y el *skacó* rematado con un plumerito rojo. Dirigiéronse hácia la derecha á otra hilera de salas, y vacía encontraron la primera en que entraron, la de los Tapices, una sala de espera soberbia, con su elevado y pintado artesonado y sus admirables Gobelinos firmados por Audran y que representaban las Bodas de Canaán y á Jesús haciendo milagros. Desocupada estaba también la sala de los guardias nobles con sus escabeles de madera, su consola á la derecha rema-

tada por un gran crucifijo colocado entre un par de lámparas. La gran puerta del fondo tiene comunicación con un cuarto más pequeño, una especie de gabinete que encierra un altar en el que el Santo Padre, dice su misa aislado, mientras que los asistentes permanecen de rodillas sobre las losas de mármol de la sala vecina, toda ella resplandeciente con los uniformes iluminados por el sol, de los guardias nobles. Y vacías en fin, la antecámara de honor, la sala del trono en la cual el papa recibe en audiencia pública, á doscientas ó trescientas personas á la vez. En frente de las ventanas, y en un estradito no muy alto se halla el trono, un sillón dorado, tapizado de terciopelo rojo bajo un dosel del mismo color y tela. A un lado se halla el cojín para apoyar el pie que ha de besarse. Después á derecha é izquierda, dos consolas, una enfrente de la otra, una con un reloj y la otra con un crucifijo entre elevados candelabros, que tienen el pie de madera dorada y que están llenos de cirios. La tapicería de damasco rojo, con grandes palmas estilo Luis XIV, subía hasta el fastuoso friso que rodea el techo, en el que el pintor representó atributos y figuras alegóricas. El magnífico y frío embaldosado de mármol, solo está cubierto en parte, delante del trono, con una alfombra de Smyrna.

En los días de audiencia particular, cuando el papa se halla en la sala del trono pequeño ó en su misma habitación, la sala del éste no es más que la antecámara de honor, en la que esperan toda la prelatura, los altos dignatarios de la Iglesia mezclados con los embajadores y personajes civiles de todos los rangos. En ese caso, el servicio lo prestaban dos camareros de honor, uno con traje violeta, y el otro de capa y espada, que son los que reciben de manos de los *busolanti* á las personas á

las que se dispensa el señalado honor de una audiencia, para acompañarlas ellos mismos hasta la puerta de la habitación inmediata, la antecámara secreta, en donde los entregaban en mano de los camareros secretos. Era la sala más lujosa, más llena de vida con el esplendor de los uniformes y de los trajes, con la emoción que iba en aumento al acercarse al tabernáculo habitado por el Elegido y por el Único, después de haber atravesado esa serie no interrumpida de salas y de sentir que el corazón latía con más fuerza cada vez, oprimido hasta el ahogo por esa sabia graduación desde el esplendor menor hasta el esplendor sin cesar aumentado. Y á aquellas horas de la noche no se hallaba allí ni un alma, no se veía ni un gesto, ni se oía una voz, nada más que el silencio que caía de las tinieblas del techo sobre el trono de terciopelo rojo, nada más que una lámpara humosa, cuya torcida se carbonizaba en el ángulo de una consola en la sala vacía y adormecida.

El señor Squadra, que no se había vuelto aún y seguía su camino con un paso lento y mudo, se detuvo un momento ante la puerta de la antecámara secreta, como para dar tiempo al visitante para que se repusiese un poco antes de afrontar la entrada del santuario. Únicamente los camareros secretos eran los que tenían el derecho de vivir allí, y sólo los cardenales eran los que podían esperar á que el papa se dignase recibirlos.

Al entrar allí, y cuando el señor Squadra se decidió á introducirle, comprendió Pedro en su ligero estrechamiento de hombre nervioso, que penetraba en el más allá temible, al otro lado de este mundo bajo, razonador y humano. Durante el día, un guardia noble hacía centinela y guardaba la puerta, pero esta, á aquellas horas estaba libre y la habitación tan vacía como las

demás, y para poblarla era necesario evocar los tres nobles y poderosos personajes que estaban allí, por lo general de gran uniforme ó en traje de ceremonia. Se estrechaba un poco, en forma de corredor, con sus dos ventanas que daban al nuevo barrio de los Prados del Castillo, mientras que una sola ventana se abría sobre la plaza de San Pedro, en uno de los extremos de la sala y al lado de la puerta que comunicaba con la del trono. Era allí, entre aquella ventana y la puerta en donde generalmente trabajaba un secretario ausente á la sazón. Y como en todo, veíase una consola dorada, con el mismo crucifijo entre un par de lámparas. Un gran reloj, dentro de una enorme caja de ébano incrustada de cobre, movíase pesadamente señalando la hora. Lo único notable que allí había bajo el artesonado de rosas doradas, era la tapicería de damasco rojo, sembrada de escudos amarillos con las dos llaves y la tiara, alternando con un león que tenía la garra apoyada en una bola representando el mundo.

Apercibióse de pronto el señor Squadra de que Pedro, á pesar de lo que prevenía la etiqueta, conservaba el sombrero en la mano, pues debía haberlo dejado en la sala de los busolanti, por que únicamente los cardenales son los que tienen derecho á conservar el capelo. Le quitó el sombrero con un discreto ademán, dejándolo sobre una consola como para indicarle que al menos debía dejarlo allí. Después de esto, sin decirle una palabra, con una sencilla reverencia, le dió á entender que iba á anunciar la visita á Su Santidad y que hiciese el favor de esperar un momento en aquella habitación.

Al quedarse solo, Pedro respiró profundamente; se ahogaba y el corazón le latía con fuerza hasta hacerle

daño. Su razón, sin embargo, conservábase muy lúcida; había juzgado muy bien entre las medias tinieblas aquellos magníficas y famosas habitaciones del papa, una hilera de suntuosos salones con los estucos adornados de tapicerías, de sederías, con frisos dorados y pintados y artesonados y techos pintados al fresco. Pero como muebles nada más que consolas, escabeles y tronos, y las lámparas, relojes, crucifijos, hasta los tronos no eran más que regalos llevados de las cinco partes del mundo en los días de fervor de los grandes jubileos. No se veía la menor comodidad, todo era fastuoso, rígido y frío, pero nada más. Allí estaba personificada la antigua Italia con su lujo, su gala continuos y su falta de vida caldeada íntima. Habían tenido que colocar algunas alfombras sobre los admirables embaldosados de mármol en que se helaban los pies y últimamente instalaron caloríferos que no se atrevían á encender por temor á que se constipase el papa. Y lo que le llamó más la atención á Pedro, lo que le penetraba hasta los huesos, á la sazón que se hallaba allí en pie y esperando, era ese silencio extraordinario, ese silencio tal que nunca lo oyó tan profundo, como si á su alrededor todo el negro vacío del colosal Vaticano, caído en letárgico sueño, hubiese, subido á ese piso, á esa larga hilera de salones desiertos suntuosos y muertos en los que ardían las llamitas inmóviles de las lámparas.

El reloj de ébano dió las nueve y se admiró ¡cómo! ¿No han transcurrido más que diez minutos desde que franqueara la puerta de bronce? ¡Habría creído que estaba andando hacía días y más días! Quiso entonces combatir esa opresión nerviosa que le ahogaba, porque jamás estaba seguro de sí mismo y temía siempre ver su calma y su razón zozobrar en una crisis de lágrimas.

Se movió, pasó por delante del reloj, dirigió una mirada al crucifijo, miró el globo de la lámpara en el que habían quedado marcados los dedos sucios de un criado. Alumbraba con una luz tan amarillenta y débil que sintió deseos de subir un poco la torcida; pero no se atrevió. Después se encontró en pie, con la frente apoyada en un cristal, ante una ventana que daba á la plaza de San Pedro.

Por un momento, se quedó sobrecogido al ver que Roma inmensa se extendía á sus pies, que la veía por entre las junturas de las persianas mal cerradas; era Roma tal cual la viera desde las loggias de Rafael, tal cual la reconstruyó el día en que desde el restaurant de la plaza imaginó que divisaba al Santo Padre asomado á la ventana de su cuarto. Sólo que aquella era la Roma de noche; la Roma envuelta en el fondo de las tinieblas y sin límites, lo mismo que el cielo estrellado. En aquel ilimitado mar de negras olas, no se podían reconocer más que las grandes vías, trocadas en otras tantas vías lácteas por las vivas blancuras de la luz eléctrica; la avenida de Víctor Manuel, después la calle Nacional, enseguida el Corso, que las cortaba en ángulo recto, sucediéndole á él lo propio con la calle del Tritón que continuaba la calle de San Nicolás de Tolentino que estaba unida á la plaza de las Thermas y á la Estación. Por la otra parte de la avenida de Víctor Manuel y de la calle Nacional, hacía la Roma antigua, estaban iluminadas aún algunas plazas y los extremos de varias avenidas, pero la sombra lo sumergía ya todo. Por otra parte esta iluminación no era más que un pululamiento de diminutas claridades amarillas, las migajas de un cielo medio apagado, barrido sobre la tierra. Raras constelaciones, brillantes

estrellas trazando misteriosas y nobles figuras, luchaban en vano para huir y desprenderse, pues estaban confundidas, borradas en el caos confuso de ese polvillo de un antiguo astro que habríase roto allí, dejando su gloria en adelante reducida á no ser más que una especie de polvo fosforescente. Y qué inmensidad negra, así espolvoreada de luz, qué masa más enorme de obscuridad y desconocido en la que parecían haberse sumergido los veintisiete siglos de Ciudad Eterna, sus ruinas, sus monumentos, su pueblo, su historia, hasta el extremo de no poder decir ni dónde empezaba ni dónde concluía, tal vez prolongada hasta el borde ilimitado de la sombra, cogiendo toda la noche, puede ser que tan reducida, tan desaparecida, que el sol á su regreso, no iba á alumbrar más que un montón de ceniza.

La angustia nerviosa de Pedro, á pesar de los esfuerzos que hacía para calmarla y dominarla, iba en aumento de segundo en segundo, á pesar de hallarse ante aquel océano de tinieblas de una paz soberana. Se separó de la ventana, se estremeció todo su sér al oír un ligero ruido de pasos y al figurarse que iban á buscarle. El ruido salía de la sala inmediata, de la del trono pequeño, de la que entonces observó que estaba la puerta entreabierta. No oyendo nada más, se atrevió, impulsado por la fiebre de la impaciencia, y alargó la cabeza para ver. Era una sala bastante espaciosa, con las paredes cubiertas de damasco rojo; con un sillón dorado y asiento y respaldo de terciopelo rojo, bajo un dosel de igual color y clase; veíase allí también la inevitable consola, el gran crucifijo de marfil, el reloj, el par de lámparas, los candelabros, dos grandes jarrones de un tamaño mediano salidos de las fábricas de Sèvres

adornados con el retrato del Padre Santo. Veíase también que allí había ya más comodidad; una alfombra de Smyrna cubría todo el suelo, unos cuantos sillones se alineaban juntos á las paredes; y una falsa chimenea, cubierta de tapices, hacía de pareja á la consola. El papa, cuya habitación comunicaba con aquella sala, recibía en ella á los personajes que deseaba distinguir. El estremecimiento de Pedro aumentaba al pensar que nada más que al otro lado de aquella pieza y detrás de la puerta de madera, se hallaba León XIII, ¿por qué, pues, le hacían esperar? ¿Se preparaban para recibirle en aquella sala para no admitirle en una intimidad muy grande? Habíanle hablado de visitas misteriosas recibidas á aquellas horas, de personajes desconocidos introducidos de la misma manera, silenciosamente, de grandes personajes, en fin, cuyos nombres se susurraban en voz baja. En cuanto á él debía ser esto, porque le consideraban comprometedor, ó porque deseaban hablarle con entera libertad sin parecer comprometerse á nada é independientemente de las personas que le rodeaban. Luego, de pronto se explicó la naturaleza del ruido que había oído al ver sobre una consola y al lado de la lámpara una cajita de madera, una especie de azafata profunda con asas, en la que se encontraban las sobras de una cena, la vajilla, el cubierto, la botella y el vaso. Comprendió entonces que el señor Squadra, habiendo encontrado todo aquello en la otra habitación, lo había llevado allí y después volvió á poner en orden el cuarto. Había oído hablar de cuán grande era la frugalidad del papa, de sus comidas servidas en un veladorcito, en el que le presentaban todo de una vez, llevándole en esa misma azafata, un pedazo de carne, un plato de legumbres, dos deditos de Bordeaux,

esto por prescripción del médico, sobretodo caldo, tazas de un caldo que le agrada ofrecer á los cardenales viejos, sus favoritos, como se suele ofrecer una taza de the, un regalo reparador de viejos solterones. El gasto diario de León XIII estaba fijado en ocho francos. ¡Ah, despilfarros y desórdenes de Alejandro VII ¡Oh, suntuosos festines de gala de Julio II y de León XI

Un nuevo se oyó un ligero ruido procedente también de la sala, y no pudiéndoselo explicar, tuvo miedo de haber cometido una indiscreción, y se apresuró á retirar la cabeza, figurándosele que toda la sala del trono pequeño llameaba con un brusco incendio en medio de la paz muerta en que descansaba.

Prefirió pasearse un poco, porque estaba demasiado estremecido para poder permanecer quieto. Acordóse de haber oído á Narciso hablar del señor Squadra, todo un personaje, hombre de los más importantes é influyentes, el ayuda de cámara favorito de Su Santidad, el único que tenía influjo bastante en los días de recepción para decidirle á que se pusiese una sotana blanca limpia, si la que llevaba estaba demasiado manchada de rapé. Su Santidad se empeñaba todas las noches en encerrarse á solas en su cuarto, sin que nadie durmiese allí cerca, decían unos que por independencia y otros que por inquietud de avaro que quiere descansar sólo con su tesoro, y esto, como era natural, causaba grandes inquietudes, porque no parecía muy razonable que un viejo de aquella edad se encerrase de ese modo. El señor Squadra se acostaba en una habitación inmediata, pero siempre con el oído al acecho y dispuesto á todas horas á acudir al menor llamamiento. Fué él quien intervino con mucho respeto cuando Su Santidad se empeñaba en velar hasta muy tarde y trabajaba

con exceso; pero acerca de este punto no se avenía á razones, y hasta acostumbraba á levantarse en sus horas de insomnio, enviando á buscar á uno de los secretarios para dictarle notas ó trazar el proyecto de alguna encíclica. Cuando le apasionaba la redacción de una de éstas, habría pasado noches y días consagrado á este trabajo, lo mismo que antaño cuando se entretenía en versificar en latín, le sorprendía á veces el alba rimando y puliendo una estrofa. Dormía muy poco, entregándose por completo á su trabajo, dando pruebas de una actividad cerebral extraordinaria, impulsándole siempre la realización de algún antiguo propósito. La memoria era la única que se le había debilitado algo en los últimos tiempos. Y tal vez el señor Squadra había encontrado á su santidad un poco peor á consecuencia de algún exceso de trabajo, puesto que la vispera decían que estaba aún enfermo y que con mucha frecuencia se negaba á que le asistiesen.

Mientras que seguía andando quedamente por allí, sintióse Pedro dominado poco á poco por aquella elevada y soberana figura. De los ínfimos detalles de la vida diaria pasaba á la vida intelectual, á ese papel de un gran papa que León XIII pretendía representar. Había visto en San Juan de Letran, desarrollarse el friso interminable, en el que están representados los retratos de los doscientos sesenta y dos papas, y se preguntó, ante aquella larga serie de medianías, de santos, de criminales y de genios, cuál era el pontífice al que León XIII había querido parecerse. ¿Era á uno de los primeros papas, tan humildes, á uno de esos que se sucedieron durante los tres primeros siglos, de vida retirada, oculta, sencillos jefes de asociaciones funerarias,

pastores fraternales de la comunidad cristiana? ¿Era al papa Dámaso, el primer gran fundador, el cerebro ilustrado que gozó con las cosas de ingenio, al creyente de fé viva que abrió las catacumbas á la piedad de los fieles? ¿Era á León III, cuya mano atrevida, al consagrar á Carlo Magno, acabó la ruptura con el Oriente, al que el gran cisma había ya separado, llevando el imperio al Occidente por la única y todopoderosa voluntad de Dios y de su Iglesia, que desde entonces dispuso de las coronas? ¿Era al terrible Gregorio VII, el purificador del templo, el soberano de los reyes, era á Inocente III, era á Bonifacio VIII, los soberanos de las almas, de los pueblos y de los tronos, armados con la feroz excomunión, reinando sobre la aterrada Edad Media con una dominación tal, que el catolicismo jamás debía acercarse tanto á la realización de su ensueño? ¿Sería á Urbano II, ó á Gregorio IX, ó algún otro de los papas cuyo corazón inflamó la roja pasión de las Cruzadas, el ardor de las aventuras santas que arrastró á las muchedumbres y las impulsó á la conquista de lo desconocido y de lo divino? ¿Sería á Alejandro III, defendiendo el papado contra el imperio y luchando hasta el último extremo para no ceder ni un ápice de la autoridad suprema que le diera Dios y acabando por vencer poniendo el pie sobre la cabeza de Federico Barbarroja? ¿Era á ese Julio II que, después de mucho tiempo de las tristezas de Avignon, ciñó la corona y reafirmó la supremacía política de la Santa Sede? ¿Sería á ese León X, el fastuoso y glorioso patrocinador del Renacimiento, de todo un gran siglo de arte, pero de espíritu de tan cortos alcances, que trataba á Lutero de simple monje en rebelión? ¿Sería á Pío V, á la reacción negra y vengadora, la llama de las hogueras, castigando

do la tierra hecha pagana, ó á alguno de los papas que reinaron después del Concilio de Trento, uno de esos papas de una fé absoluta, la creencia restablecida en su integridad, la Iglesia salvada por su orgullo, su intransigencia y su testarudez en lo que hacía al respecto total al dogma? ¿Era tal vez, al declinar el papado, cuando éste se redujo á ser un maestro de ceremonias, encargado de reglamentar las solemnidades de las grandes monarquías de Europa; ese Benedicto XIV, de vasta inteligencia y profundo teólogo que, al verse con las manos atadas y no pudiendo disponer de los reinos de este mundo, pasó su vida reglamentando las cosas del cielo? Y la historia del papado se desarrollaba de este modo, como la más prodigiosa de las historias, viéndose fortunas de todas clases, las más abyectas, las más miserables al mismo tiempo que las más elevadas y resplandecientes; una voluntad obstinada de vivir que le hizo vivir á pesar de todo, á través de los incendios, de las matanzas y de los derrumbamientos de los pueblos, siempre militante y en pie en la persona de los papas, la línea ó sucesión más extraordinaria de soberanos absolutos conquistadores y dominadores, todos ellos dueños del mundo, hasta los más humildes y apocados, todos llenos de esplendor con la imperecible gloria del cielo, cuando se les evocaba así y en aquel secular Vaticano en el que seguramente sus sombras se despertaban por la noche, yendo á rondar por aquellas galerías sin fin, por las salas inmensas, en el fondo de aquel silencio anonadado de tumba y cuyo éxtremecimiento debía formarse con el ligero roce de sus pies sobre las losas de mármol.

Pero Pedro se decía que sabía muy bien qué gran papa quería ser León XIII. Era al empezar la supre-

macía católica, Gregorio Magno, el conquistador y el organizador. Aquel era del antiguo tronco romano y en su corazón circulaba algo de la antigua sangre imperial. Administró á Roma salvada de los bárbaros, mandó cultivar los dominios eclesiásticos, repartió de los bienes de la tierra un tercio para los pobres, un tercio para el clero y un tercio para la Iglesia. Después fué el primero que creó la Propaganda, enviando sus clérigos á predicar y á pacificar las naciones, llevando la conquista hasta el extremo de someter la Gran Bretaña á la ley divina de Cristo. Y era también, después de pasar un intervalo enorme de siglos, á Sixto V, al papa financiero y político, al hijo del jardinero que se reveló, bajo la tiara, como uno de los cerebros más vastos y más dúctiles de una época fértil en habilidosos diplomáticos. Atesoraba, daba pruebas de una avaricia ruda, pero para gobernar como amo que tiene siempre en sus cofres el oro necesario para la guerra y la paz. Pasaba años enteros negociando con los reyes y no desconfiaba jamás del triunfo. No contradijo jamás los tiempos, sino que los aceptó tales cuales eran procurando modificarlos en favor de los intereses de la Santa Sede, mostrándose conciliador en todo y con todos, soñando ya con un equilibrio europeo del que esperaba ser el soberano y el centro. Además de esto un papa muy santo, un místico ferviente, pero un papa con el espíritu más soberano y absoluto unido al político decidido á toda clase de actos para asegurar sobre esta tierra la realéza de Dios.

Y, aparte de esto, Pedro, con el entusiasmo que á pesar de su voluntad de calma, se apoderaba de él y barría todas las prudencias y las dudas, se preguntaba que á qué interrogar así al pasado. ¿Es que sólo el

León XIII era el de su libro, el gran papa que le había sido revelado, que pintó tal cual se lo inspiró su corazón, tal cual las almas lo querían y lo esperaban? El retrato no era sin duda de estrecha semejanza; pero bastaba con que los grandes rasgos fuesen verdaderos para que la humanidad no desesperase de su salvación. Y ante sus ojos, llameando, evocáronse páginas completas de su libro, volvió á ver su León XIII, al político sagaz, conciliador, trabajando por la unidad de la Iglesia, queriendo hacerla fuerte é invencible para el día próximo de la inevitable lucha. Le vió desprendido de los cuidados del poder temporal, engrandecido, purificado, resplandeciente con el esplendor moral, única autoridad en pie, por cima de las naciones y que habiendo comprendido el peligro mortal que había en dejar la solución socialista entre las manos de los enemigos del cristianismo, se resolvía desde luego á intervenir en la querrela contemporánea como antaño lo hiciera Jesús para defender á los pobres y á los humildes. Se vió ponerse al lado de las democracias, aceptar la República en Francia, dejar en el destierro á los reyes expulsados de sus tronos, realizar la predicción que prometía á Roma de nuevo el imperio del mundo cuando el papado hubiese unificado las creencias y marchase á la cabeza del pueblo. Los tiempos se cumplían; César estaba abatido y el papa era el único que quedaba; el pueblo, ese gran mudo, que durante tanto tiempo se habían disputado los dos poderes no se iba á entregar al Padre, puesto que sabía que entonces era justo y caritativo, que tenía el corazón lleno de amor y la mano tendida para acoger á los trabajadores sin pan y á los mendigos de los caminos. En medio de la horrenda catástrofe con que amenazaban las

sociedades podridas, en la miseria espantosa que hacía estragos en las ciudades, no había más solución posible: León XIII, el predestinado, el redentor necesario, el pastor enviado para salvar á sus ovejas del próximo desastre, restableciendo la comunidad cristiana, la olvidada edad de oro del cristianismo primitivo. La justicia reinando al fin, la verdad resplandeciendo como el sol, todos los hombres reconciliados, nada más que un pueblo viviendo en la paz, no obedeciendo más que á ley igualitaria del trabajo, bajo el elevado patronato del papa, ¡único lazo de caridad y de amor!

Entonces, Pedro, sintióse como levantado por una llama, arrastrado, llevado hácia adelante. ¡Al fin, al fin iba á verle! ¡A vaciar su corazón y abrir su alma! ¡Hacia tanto tiempo que deseaba apasionadamente que llegase ese minuto, que luchaba con todo su ánimo, con todo su valor para conseguirlo! Recordó los obstáculos, sin cesar renovados, con que tropezó en su camino desde que llegara á Roma, la larga lucha, y por último ese éxito final inexperado, todo lo que redoblabá su fiebre, exasperaba su deseo de victoria. ¡Sí! ¡Sí! Sí, vencería y confundiría los adversarios de su libro. Conforme manifestara á monseñor Fornaro, ¿era que el papa podía rechazar su libro? ¿No era sencillamente que había expresado sus ideas secretas demasiado pronto quizás? ¿No era esto, después de todo, una falta perdonable? Y se acordó también de su declaración á monseñor Nani el día en que juró que jamás suprimiría su libro de mutu propio, porque no le pesaba ni renegaba de nada. En aquel instante se interrogó y creyó encontrarse con todo su ánimo y valentía, con su entera firme voluntad de defenderse, de hacer triunfar su fé, en la violenta excitación nerviosa que le producían tanto

la espera como aquella caminata sin fin á través de ese Vaticano enorme que á su vez le parecía á su alrededor tan mudo y tan negro. Turbóse, sin embargo, cada vez más y procuraba coordinar sus ideas preguntándose cómo entraría, qué diría y en que términos lo haría. Había amontonado una porción de cosas confusas y borrosas, porque aquella pesadez formaba parte, sin él mismo se quisiese dar cuenta, de su ahogo. En el fondo estaba quebrantado, cansado ya, no teniendo más impulso que el vuelo de sus ensueños, un grito de compasión ante la miseria abominable. Sí, sí, entraría pronto, caería de rodillas y hablaría como pudiese, dejando que su corazón se desbordase. Y seguramente el papa se sonreiría y le despidiría, prometiéndole no firmar la condenación de su obra, en la que se veía retratado con sus pensamientos más queridos.

Experimentó Pedro un desfallecimiento tal, que se acercó otra vez á la ventana para apoyar la frente ardorosa en un cristal helado. Le zumbaban los oídos y las piernas se le doblaban, mientras que la sangre se le agolpaba al cráneo, latiéndole con fuerza en las sienas. Y hacía grandes esfuerzos para no pensar en nada, y contemplaba á Roma envuelta en sombras, pidiéndole un poco de sueño en que se anonadaba. Quiso distraerse de sus preocupaciones, trató de reconocer las calles, los monumentos, en la manera como se agrupaban las luces; pero el mar no tenía límites, sus ideas se embrollaban, se iban á la deriva en el fondo de aquel abismo de tinieblas, resultados de engañosas claridades. ¡Ah! Para calmarse, para no pensar nada, en fin, no hay como la noche, la noche total y reparadora, la noche en que todo duerme para siempre, curado de la miseria y del sufrimiento! Bruscamente experimentó la

sensación de que se hallaba alguien inmóvil á su espalda y se volvió con ligero sobresalto.

En efecto, esperábale el señor Squadra con su negra librea. Hizo con mucha sencillez una de sus reverencias para indicar al visitante á que le siguiese. Después echó á andar delante, atravesando la sala del trono pequeño, y abrió con lentitud la puerta del gabinete. Y se apartó á un lado, dejó el paso libre, cerrándose la puerta sin hacer ningún ruido.

Pedro estaba en la habitación de su santidad. Tuvo miedo de experimentar una de esas emociones violentas que trastornan y paralizan, pues le habían contado que algunas mujeres llegaban allí moribundas, sobrecogidas, con aire de embriaguez ó bien se precipitaban como levantadas, llevadas por el vuelo de invisibles alas. Y, bruscamente, la angustia de la espera, su fiebre creciente de un momento antes, se convirtieron en una especie de sobrecogimiento, en una reacción que le devolvió la calma é hizo que lo viese todo con serena mirada. Al entrar comprendió desde luego la importancia decisiva de semejante audiencia; él, simple presbítero, se hallaba ante el sumo pontífice, jefe de la Iglesia, soberano de las almas. Toda su vida religiosa y moral iba á depender de esa entrevista, y tal vez semejante pensamiento ocurrido de pronto, le helaba también en el dintel del terrible santuario, hácia el cual se había dirigido con paso tembloroso, en el que creyera que no podía penetrar más que con el corazón estremecido, los sentidos embotados y no pudiendo balbucear más que sus oraciones infantiles.

Más adelante, cuando quiso clasificar sus recuerdos, se acordó que ante todo había visto á León XIII, pero dentro del cuadro en que estaba, en aquella espaciosa

habitación, con paredes cubiertas de damasco amarillo, con una alcoba inmensa y tan profunda que el lecho desaparecía en ella lo mismo que el modesto mobiliario, una dormilona, un armario, unas maletas, las maletas célebres en las que se guardaba bajo triples cerraduras, según decían, el tesoro del dinero de San Pedro; un mueble estilo Luis XVI, una especie de escritorio con adornos de metal cincelado, estaba enfrente de una consola Luis XV, dorada y pintada, en la que al pie de un gran crucifijo, ardía una lámpara. La habitación estaba poco menos que desamueblada, pues no había más que tres sillones y cuatro ó cinco sillas tapizadas con una seda clara, y esto no bastaba para llenar aquel vasto espacio que cubría una alfombra muy usada. Y León XIII estaba allí sentado en uno de los sillones al lado de una mesita volante en la que habían colocado otra lámpara provista de una pantalla. Encima de la mesilla veíanse tres periódicos, dos franceses y uno italiano, éste medio desdoblado, como si el papa acabase de dejarlo en aquel momento para revolver con ayuda de una larga cucharilla el jarabe que tenía en un vaso al alcance de la mano.

Después, del mismo modo que se fijara en el cuarto, fijóse Pedro en el traje; en la sotana de paño blanco con botones iguales, el solideo blanco, la pelerina blanca lo mismo que la faja, que tenía además unas frangitas de oro y unos remates iguales, en que estaban bordadas las llaves. Las medias eran blancas, el calzado de terciopelo rojo y también con las llaves bordadas en oro. Lo que le sorprendió fué el rostro, el personaje entero, que le pareció de tal manera disminuído, que apenas lo reconocía. Era aquella la cuarta vez en que le veía. Háblale visto una tarde espléndida, en las de-

licias de los jardines, sonriente y familiar, escuchando la charla del prelado favorito, mientras que seguía su camino con ese paso menudo de viejo, paso semejante al salto de un pájaro herido. Hábiale visto en la sala de las beatificaciones, como papa muy querido y enternecido, con las mejillas animadas por la alegría, mientras que las mujeres le ofrecían bolsas, solideos blancos, llenos de oro, que se arrancaban las alhajas para arrojarlas á sus piés del mismo modo que se habrían sacado el corazón para echarlo también. Le había visto en San Pedro llevado sobre el pavés de pontifical, con toda la gloria de Dios visible al que la cristiandad adoraba, tal como un ídolo en una urna de oro y de pedrería, con el rostro fijo, con una inmovilidad hisrática y soberana. Y le volvía á ver sentado en aquel sillón, en la reducida intimidad, con el aire debilitado, tan endeble, que al contemplarle experimentó una inquietud mezclada con enternecimiento. El cuello sobre todo era una cosa extraordinaria, un hilo inverosímil, el cuello de un pajarillo muy viejo y muy blanco. Su rostro, de una palidez de alabastro, tenía una transparencia característica, se veía la luz de la lámpara á través de la gran nariz dominadora, como si de ésta se hubiese retirado totalmente la sangre. La boca inmensa, con labios de nieve, cortaba con una línea muy delgada la parte baja de la fisonomía. Y los ojos eran los únicos que seguían siendo juveniles y hermosos, unos ojos admirables, que tenían el centelleo de negros diamantes, pero con un fulgor y una fuerza que abrían las almas obligándolas á confesar la verdad en voz alta. Los escasos cabellos que se escapaban de debajo del blanco solideo formaban como rizados mechoncitos que coronaban de blanco la delgada blanca faz, cuya fealdad se purificaba con

toda aquella blancura; en esa blancura toda alma en que la carne parecería fundirse en una cándida florescencia de lirio.

La primera ojeada bastó á Pedro para comprender que si el señor Squadra le había hecho esperar, no había sido para obligar al Santo Padre á que se pusiese una sotana más limpia, porque la que llevaba estaba muy manchada con grandes chorretones de rapé, con manchas amarillentas que se habían extendido á lo largo de los botones, y con mucha llaneza tenía su santiad sobre las rodillas un pañuelo que le servía para sonarse. Aparte de todo, parecía hallarse en muy buen estado de salud y repuesto de su indisposición de la vispera, y en eso sucedíale como de costumbre, pues se ponía bueno enseguida con facilidad como viejo muy sóbrio y muy prudente, que no padecía ninguna enfermedad orgánica y que todos los días se iba desgastando un poco con un agotamiento natural, lo mismo que una vela que á fuerza de dar su llama acaba una noche por consumirse.

En cuanto cruzó la puerta, Pedro experimentó la impresión que le causaron aquellos dos ojos fijos y de diamante clavados en él. El silencio no era grande sino enorme; las dos lámparas ardían con una llama inmóvil y pálida en aquella calma inmensa del dormido Vaticano, sin que se oyese otra cosa á lo lejos que la antigua Roma sumida en el fondo de las tinieblas, como un lago de tinta en el que se reflejasen las estrellas. Tuvo que acercarse y hacer las tres genuflexiones y se inclinó para besar la chinela de rojo terciopelo colocada sobre un cojín, y no hubo ni un gesto ni un sólo movimiento. Cuando se levantó volvió á encontrar los dos diamantes